

Un viento socarrón desplaza mis pensamientos,
mientras intento aceptarlo.

Recuerdos que se viven

45

Diana Leticia Nápoles

L

a tierra absorbe sedienta el agua que cae, los charcos se acrecientan. El choque persistente de las gotas forma una danza. Me he quedado en la ventana, admirando el espectáculo y recibiendo el húmedo olor de la tierra.

Los recuerdos van atravesándome, es inevitable. Estabas sentado, tenías en las manos una taza de café que sorbías con lentitud, mientras el leve vapor que exhalaba se negaba a desaparecer. Tus labios se entreabrían ligeramente para balbucear una estrofa y tus ojos de arena se perdían. De repente, miraste el reloj al tiempo que te incorporabas. Te fuiste alejando sin avisos, sin atenciones.

Un viento socarrón desplaza mis pensamientos, mientras intento aceptarlo. Mis ropas se ven desgastadas, uñas descuidadas, el cinto de charol bien apretado.

Me está lacerando, despacioso y sordo; hasta ha comenzado a dar muestras de su existencia. Una vez más la persistencia, vuelves sin haberte ido. Tu rostro transparente como el velo que cubría nuestras manos, tu piel deshaciéndose en el contacto y tus labios murmurando aquellas palabras que sólo tú y yo entendíamos.

Me fui acostumbrando a esa sensación de satisfacción completa. Ahora, ceder la palabra al silencio ya se me ha hecho natural. La intensidad de la lluvia parece permanente y una frescura baña por igual a la vegetación. Debo salir, evitar alargar su espera.

Me acomodo un sombrero negro que hace juego con mi paraguas, al extenderlo una tarjetita blanca se desprende del interior, la levanto y caigo en la cuenta de cuándo fue la última vez que salí con lluvia. Tu letra está ahí, vigilando que no pierda el recuerdo, creyéndome vulnerable aún.

Salgo. El camión ha llegado, subo perdiéndome entre jalones, pisotones y el bullicio de todos los que van a bordo. Una escandalosa música hace imposible cualquier intercambio de



palabras. Entre bruscas sacudidas cada vez que el camión frenaba, permanecí de pie, apretujada, sosteniéndome apenas de esos delgados hilos de esperanza que todavía guardaba.

-Oye, ¿tienes tiempo?

-Perdón –dije, mientras emergía del océano de pensamientos en el que navegaba sin dirección.

-Que si sabes la hora.

-Las seis quince.

-Ah, gracias. –Miré esos ojos, que tímidos me esquivaron, y me recordaron aquellos en los que alguna vez hundí los míos.

Llegó mi turno de bajar, descendí penosamente notando que la lluvia era apenas perceptible. El cielo seguía escondido entre las nubes. Llegué, pero no estabas. Te esperé estornudando, cosiendo las nubes que dispersas y rotas encontré. Alargando la vista creí mil veces verte llegar, hasta que agotada finalmente abandoné el sitio.

He llegado a la casa, al entrar descubro una carta blanqueando el suelo muerto, la recojo inmediatamente y empiezo a leerla. Es tan breve, tan insípida. Quise romperla, no obstante simplemente la dejé en la mesa. Volví a mi ventana, me acomodé ahí como para permanecer el resto de mis días, fijé la mirada en la hierba; las hojas de los árboles se aferraban caprichosas a sus ramas, mientras otras confiándose eran arrastradas por el viento. Me voy alejando calmamente, se me extravía la conciencia, hasta que, interrumpiéndome digo en voz alta: cómo es que olvidaste decirme adiós.